

CAROLINA.

¡Qué!

CHAMPENU.

Puede usted estar segura de mi aprobación.

CAROLINA.

¡Qué necio! Lo que importa ahora es que corras tras de Eduardo, que lo alcances, ó que sepas á lo menos hacia dónde ha ido.

CHAMPENU.

Suponga, madrina, que ya no piensa usted en más bodorrios, eh?

CAROLINA.

Ni pienso en eso, ni él tampoco. Anda.

CHAMPENU.

(Reflexionando.) Ello no hay duda que casada esta niña con el otro, ya no se puede casar con Eduardo, porque no se puede una casar con dos, y... Corro tras él, madrina. (Vase.)

CECILIA.

Y yo á decir á mi hermano, que gracias á usted, señora, me caso con mi Leonardo. (Vase.)

ESCENA XVI

CAROLINA Y A POCO EDUARDO.

CAROLINA.

¡Desgraciado joven! ¡Qué cabeza! ¡Qué locura...! ¿Por qué no había de tener más confianza en mí? ¡Ah!, ¡si yo no temiese por él!; si estuviese menos inquieta, qué cólera tendría. ¡Jesús! ¿No es Eduardo? (Ve á Eduardo: luego que éste entra, corre á cerrar las puertas y guarda las llaves.) Que se vuelva á escapar ahora. ¡Hola! ¿ya está usted aquí caballerito? ¿Y qué le trae á usted de nuevo; se puede saber? ¿Cómo se atreve usted á ponerse delante de mí? No, pues no crea usted que me aplacará con la facilidad que lo ha hecho otras veces. Ahora puedo enfadarme á mi antojo. (Mirando las llaves que tiene en su mano.)

EDUARDO.

Estaba yo ya muy lejos de aquí cuando la última mirada que eché sobre esta quinta me recordó todos los favores que he recibido en ella. Sí, señora; toda mi vida me hubiera arrepentido y me hubiera echado en cara de haberme ido sin despedirme de usted, sin haberla visto siquiera otra vez... Por eso he vuelto á carrera para confesar á usted todas mis faltas... para darla un eterno adiós.



CAROLINA.

No valga, por cierto, la pena.... ¿Y á dónde se encaminaba usted?

EDUARDO.

Ya se lo dije á usted esta mañana, á sentar plaza de soldado, como lo fué mi padre.... Á que me maten como á él.

CAROLINA.

¡Gran proyecto....! y al cual no le faltaba otra cosa sino mi consentimiento.... que no había dado, y que no daré jamás, lo ¿entiende usted?

EDUARDO.

¿Y por qué, señora?

CAROLINA.

Porque usted depende de mí, señor, porque aquí nadie manda sino yo, y porque usted suele olvidar que soy su madrina.

EDUARDO.

(Murmurando entre dientes.) Ya, pero es que una madrina....

CAROLINA.

¡Cómo!, ¡qué es eso! ¿Qué habla usted entre dientes?

EDUARDO.

Nada, madrina, si no digo nada.

CAROLINA.

En hora buena.... Escuche usted. Usted sabe que nada tengo de acre ni de severa, que por lo mismo, y para dirigir la inexperiencia de usted he echado mano hasta ahora de los medios más suaves, más comedidos; pero supuesto que nada he adelantado, y que es usted incorregible, le intimo á usted que desde aquí en adelante lo trataré á usted con el mayor rigor. Sí, señor, lo tendré á usted encerrado en este mismo cuarto... Y no espere usted burlar mi vigilancia, porque no le perderé á usted un momento de vista, y estaremos siempre juntos.

EDUARDO.

Pero eso es demasiado arbitrario, y usted no tiene derecho para tiranizarme así.

CAROLINA.

¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

EDUARDO.

Ya se ve que sí, que yo no soy ningún esclavo, ni ningún niño mamón para no tener voluntad propia; y si quiero seguir la carrera de mi padre, si quiero ser soldado, si quiero hacerme matar, ¿por qué no me ha de dar usted ese gusto? El que usted sea rica y feliz, no le infiere á usted derecho para humillarme y envilecerme, aun cuando yo sea, como lo soy en efecto, el más miserable y el más desgraciado de los hombres.



CAROLINA.

¡Jesús! ¿Y quién piensa en tal cosa? ¿Qué motivo le he dado yo á usted para deducir semejantes consecuencias? ¡Yo humillar á usted! ¡Yo envilecerle; cuando si le detenía aquí, era sólo para consolarle, para calmar sus penas, para que fuera usted feliz á mi lado? Pero usted se enfada por eso, y me insulta y... Vaya, que está usted inconocible! Tome usted, tome usted, caballero, la llave, ya es usted dueño de irse, de hacer lo que guste.

EDUARDO.

¡Yo! (Toma la llave y no sabe qué hacer.)

CAROLINA.

Sí, puede usted darme ya cuantas pesadumbres quiera.

EDUARDO.

Jamás; aquí me tiene usted á su disposición. prefiero perder mil veces la vida, á dar á usted la menor pesadumbre. (Pone las llaves en la mesa.)

CAROLINA.

(Después de un momento de silencio.) ¡Eduardo!

EDUARDO.

¡Madrina!

CAROLINA.

Es que no sé cómo decirte.... cómo darte una noticia que va á duplicar tus penas.

EDUARDO.

¿Y es, madrina?

CAROLINA.

Que no sólo Cecilia no te ama.... sino....

EDUARDO.

¿Sino qué?

CAROLINA.

Ea, amigo mío, ahora es cuando necesitas de todo tu valor.... sino que Cecilia.... vamos, no sé cómo anunciártelo.

EDUARDO.

¡Usted me asusta!, acabe usted.

CAROLINA.

Sino que Cecilia va á casarse con otro. (Acercándose á la mesa y poniéndose junto á la escopeta, que Eduardo dejó allí.)

EDUARDO.

¡Ah! ¿No es más que eso? (Frisamente,) y bien tanto mejor.

CAROLINA.

¡Cómo! ¿No te contristas? ¿No te arrancas los cabellos? ¿No te desesperas?



EDUARDO.

¿Y por qué?

CAROLINA.

¡Tú, que la amabas tanto!

EDUARDO.

Jamás la he amado.

CAROLINA.

¿Pues no ibas á casarte con ella?

EDUARDO.

Sí, por obedecer á usted.

CAROLINA.

¡Cómo!, entonces ¿no es por ella por quien resientes ese amor frenético, esa pasión que te hace perder el seso, que te alejaba de aquí?

EDUARDO.

No es por ella.

CAROLINA.

¡Dios mío! ¿Pues por quién es?

EDUARDO.

Eso es otra cosa; y suplico á usted que no insista en quererlo saber. Este secreto, lo es casi para mí; es, además, el único bien que poseo en este mundo, y nadie tiene derecho de arrancármelo.

CAROLINA.

Por supuesto que no lo tiene nadie; pero yo sí, yo soy excepción de la regla. ¿Vamos, Eduardo, dime, por quién es?

EDUARDO.

Imposible, madrina.

CAROLINA.

Pues yo quiero saberlo pronto, ahora mismo. Y mira que te advierto que no me gusta aguardar, y que si no me lo dices, entonces sí que me enfadó de veras.

EDUARDO.

Y si se lo digo á usted se enfadará mucho más, y me echará de su casa, y no querrá volverme á ver en su vida.

CAROLINA.

Esas son cuentas mías, y yo sabré lo que me he de hacer. ¿Conque me lo dices? ¿Sí ó no?

EDUARDO.

Sí, señora, puestó que usted lo exige. Escuche usted. Desde que existo, desde que me conozco, hay cierta persona en este mundo, que ejerce en mí un poder que no puedo explicar. Cuando ella me mira...

CAROLINA.

¡Ah! ¡Es una mujer!



EDUARDO.

Sí, madrina, es una mujer.... Cuando me mira, soy feliz; cuando me riñe, también lo soy, porque siquiera me habla; todo en ella me hace estremecer de placer.... el sonido de su voz, el ruido de sus pasos, el tacto de su vestido.... todo, todo lo que es de ella. Cuando su mano encuentra la mía, no sé ya lo que quiero, ni lo que deseo; y si conozco el riesgo y quiero huir, no puedo. Trémulo y cortado á su vista, creía hasta aquí que era "temor," ó respeto.... Y bien.... no.... no es eso; ó más bien es respeto, pero acompañado del amor más puro, más exaltado. Sí, señora; tengo la audacia, la ingratitud de amar á esa mujer, aunque hasta hoy no lo había conocido.... hasta esta mañana.

CAROLINA.

¿Cuándo?

EDUARDO.

Al abrazar á usted.

CAROLINA.

(Aparte) ¡Ah! ¡Era yo....! (Alto.) Y usted se atreve....

EDUARDO.

¡Eh! ¡Qué tal! ¿Decía yo bien? Estaba seguro de que usted se enfadaría.... Pero á lo menos he ganado el que usted sepa que no me puedo ya casar en mi vida con otra, y no me casaré.

CAROLINA.

En efecto, ese es el mejor partido que podría usted tomar. Desgraciadamente que no lo puede usted.

EDUARDO.

Ya verá usted si puedo.

CAROLINA.

No, señor; no puede usted, porque su padrino le dejó todos sus bienes con la condición de que se casase, y usted por gratitud, aun más que por propia conveniencia, está obligado á obedecer este precepto.

EDUARDO.

¡Dios mío!

CAROLINA.

Y como no quedan á usted para ello sino algunos días, por eso esta mañana me apresuraba yo á que se casase usted con Cecilia. Pero ahora que ella no quiere, ¿qué haremos? Yo desde luego no lo sé.

EDUARDO.

Ni yo tampoco.

CAROLINA.

En esta casa no hay más que Cecilia.... ¿yo.

EDUARDO.

¡Cielos! ¿Qué dice usted?



CAROLINA.

Digo.... Digo, que usted es el hombre más torpe que he visto: que le aborrezco, que le detesto, y que con usted no hay modo de entenderse.

EDUARDO.

Continúe usted.... Continúe usted.... De rodillas se lo pido.

CAROLINA.

No señor.... No señor.

CHAMPENU.

(Tocando la puerta del foro.) ¡Madrina! ¡Madrina! el caballo del señor Eduardo ha vuelto ya.

CAROLINA.

¿Y qué importa? (A Eduardo, bajo.) Eduardo, por Dios, levántese usted!

EDUARDO.

No, diga usted que me perdona, que me ama.

YORDY.

(Por fuera tocando la puerta derecha.) ¡Señora! ¡Señora! abra usted.

CAROLINA.

Yordy es este.... ¡Y estamos encerrados!

EDUARDO.

(Todavía de rodillas.) Y bien, tanto mejor, así no entrará.

CAROLINA.

Sí, porque tiene una llave maestra, que abre todas las puertas.

EDUARDO.

Por qué se anda entonces en tocaduras.... Ea, una palabra todavía, una sola palabra.

CAROLINA.

Bien; sí, Eduardo, sí, amigo mío, diré todo lo que usted quiera, pero levántese usted.... Deje-me usted.... ¡Ah! Usted me pierde.

(En este momento, Champenu, que ha abierto la persiana del lado izquierdo, se asoma á la ventana: el señor de Yordy abre la puerta del lado derecho y entra con Cecilia; Carolina los divisa, y se priva. Eduardo la sostiene y la lleva á la silla, que está cerca de la mesa.)

## ESCENA XVII.

CECILIA, YORDY, CHAMPENU Y DICHOS.

YORDY.

Y bien, ¿qué hace usted?



EDUARDO

(Besando la mano á Carolina.) Tratando de que mi madrina vuelva en sí.

CAROLINA.

No es nada.... El susto, la agitación.... Este mentecato (Señalando á Champenú) que con sus gritos....)

CHAMPENU.

Sí écheme usted ahora la culpa, después que me ha hecho usted buscar como un papamoscas á quien tenía usted bajo de llave.

YORDY.

En efecto, señora, es muy extraordinario que su ahijado de usted....

CAROLINA.

¿Lo encuentra usted así? Pues me temo, Yordy, que no sea usted el sólo que lo extrañe. De ahí que, para evitar que las gentes charlen, y para satisfacer los escrúpulos de usted, me veo casi precisada á dar á Eduardo mi mano.

EDUARDO.

¿Qué oigo, cielos! Se quiere usted burlar de mí?

CAROLINA.

No, ciertamente: así me pagarás el nombre que te dí cuando fui tu madrina, con el que me darás como á tu esposa.

EDUARDO.

¿Qué felicidad!

CHAMPENU.

¡Ay!, madrina, no esperaba yo eso de usted; y en particular después que me había prometido....

CAROLINA.

¡Pobre Champenú!

CHAMPENU.

¡Pobre! Tiene usted razón, puesto que este casamiento me arruina; pero veremos, porque eso de casarse una madrina con un ahijado no me parece á mí que es muy católico ni arreglado á la ley de la materia. De consiguiente, me opongo al tal casamiento desde ahora, y por si acaso.

EDUARDO.

¿Estás loco?

CAROLINA.

Serénate, que ya tenía ánimo, por mi parte, de renunciar á la herencia de tu primo; y si Eduardo, si mi marido, es de mi opinión....

EDUARDO.

¡Ah! madrina, jamás tendré otra.

CHAMPENU.

(Riéndose y enjugándose las lágrimas.) ¡Es po-



sible! ¡Querido Eduardo! Esto me reconcilia con Vendimiér. Madrina, no hay nada de lo dicho; cásese usted, que ya levanto la mano.

YORDY

Espero, señora, que en cuanto ha pasado esta mañana, no habrá usted visto otra cosa que un exceso de celo, y....

CAROLINA.

Nada he visto, ni de nada me acordaré, con tal que usted no se oponga por su parte á la boda de Cecilia con ese joven que se llama Leonardo. Yo soy quien los dotó á los dos y quien será la madrina de este enlace.

TODOS.

(Menos Eduardo) ¡Viva la madrina!

CAROLINA.

¿Qué, no quieres tú, á lo que parece, que viva la madrina?

EDUARDO.

(Besándole la mano.) Es que quiero ser el primero que grite: ¡Viva mi esposa!

PAULINA

O ¿SE SABE QUIEN MUEVE LOS ALAMBRES?

Comedia en dos actos, imitada del francés.